

PO Box 21632
U.P.R.

2 de julio de 1970

Mi querido amigo:

Tal vez esté Vd. extrañado de este largo silencio después de su carta tan afectuosa y de este promisorio renuevo de nuestra correspondencia. No se extrañe todavía. Déjeme decirle.

Marta sufrió un cáncer al pecho a fines de 1969. En ese entonces nuestras relaciones se habían deteriorado mucho a lo largo de un proceso que culminó con nuestro divorcio y mi nuevo matrimonio. Pero su enfermedad volvió a acercarnos. Durante el periodo que pasé en Chile el año pasado, hablamos varias veces de un modo afectuoso. A fines de noviembre del año pasado, hubo una metástasis. Yo procuré ir a vivir cerca de ella, a fin de acompañarla y cuidarla. Por un malentendido, que generó la intervención de uno de mis hijos, esto no fue posible. Sin embargo, cuando, en abril de este año, supe que no tenía mejoría, le escribí una larga carta, que ella contestó con otra muy tierna. Se la sometió a un último tratamiento, más que todo para aliviarla, el que no dió resultado. Me decidí a ir allá y llegué el 13 de mayo. Marta murió el 25.

El médico había creído acertado negarle que hubiese un nuevo cáncer, pese a que ella lo había [prometido?] a decirle la verdad. Pero como se sentía gravemente enferma, no sabía qué pensar. Estuvo entonces muy deprimida. Uno de mis hijos me escribió en esos días "la mamá está abatida y desesperada", lo cual me dejó a mí en las mismas condiciones. Por fin, ella obtuvo que un médico amigo le dijera la naturaleza de su mal y que las posibilidades de curación eran casi inexistentes. Desde ese momento, se produjo en ella una transformación. Adquirió una serenidad y fortaleza que a muchos sorprendía. Tomó una serie de disposiciones relativas al futuro de los niños y ordenó sus papeles, cartas y objetos personales. Mi primera carta –pues hubo otra después– llegó cuando ella se encontraba en este estado. Aunque su capacidad para comunicarse fue decayendo en los últimos días, hubo cuatro o cinco, después de mi llegada, en que pudimos conversar, con verdadero amor de nuestra vida, de nuestro pasado, de nuestros hijos, de las personas más próximas. Puedo decirle que, aunque parezca raro, ella estaba alegre. Se quejaba de dolores, pero su ánimo era de alegría. El domingo 23 en la tarde, ella dijo: "Estoy muy contenta". Murió dos días después, serenamente, rodeada de sus hijos, de su madre, de mí, de algunas amigas íntimas.

Naturalmente, esto ha sido en mi vida una gran conmoción. Me he venido a Puerto Rico a dar el curso de verano, pues necesito de una gran soledad. Creo, sin embargo, que iré a Chile de agosto a enero, si aquí me conceden una licencia sin sueldo.

Nada he sabido de la Guggenheim. Pero, aun si me dieran la beca, no sé si podría aprovecharla, dadas las dificultades que aquí están poniendo para conceder licencias sin sueldo. No se trata, por cierto, de dedicarme a escribir por cuenta de la Guggenheim para luego encontrarme que no tengo trabajo y que he perdido las posibilidades de jubilación con que ya comienzo a contar...

Por cierto, le agradecí mucho los términos de su carta, que Vd. me refiere, recomendando mi candidatura a la beca. Veo en ella un testimonio reiterado de su tan buena y constante amistad.

Si me dieran la beca, procuraría que comenzara a correr el 15 de mayo del año próximo y no el 1º de enero, como había indicado en mi solicitud. No sé si Vd. encuentra esto aceptable. Así, yo podría trabajar en P.R. de enero a mayo, y liquidaría una serie de deudas que contraí con motivo del divorcio y liquidación de sociedad conyugal con Marta, y luego de su enfermedad.

Para proponer esta posposición, y haría un corto viaje a Nueva York a fines de julio. Si Vd. estuviera para entonces en Bryn Mawr, daría un salto de unos dos o tres días allá a fin de charlar con Vd. Espero su respuesta.

Reciba un abrazo con el afecto invariable de su amigo

[Signatura]

P.S.- Recibí un ejemplar de su libro sobre el lenguaje. Lo leeré en la primera ocasión, que espero próxima. Gracias.